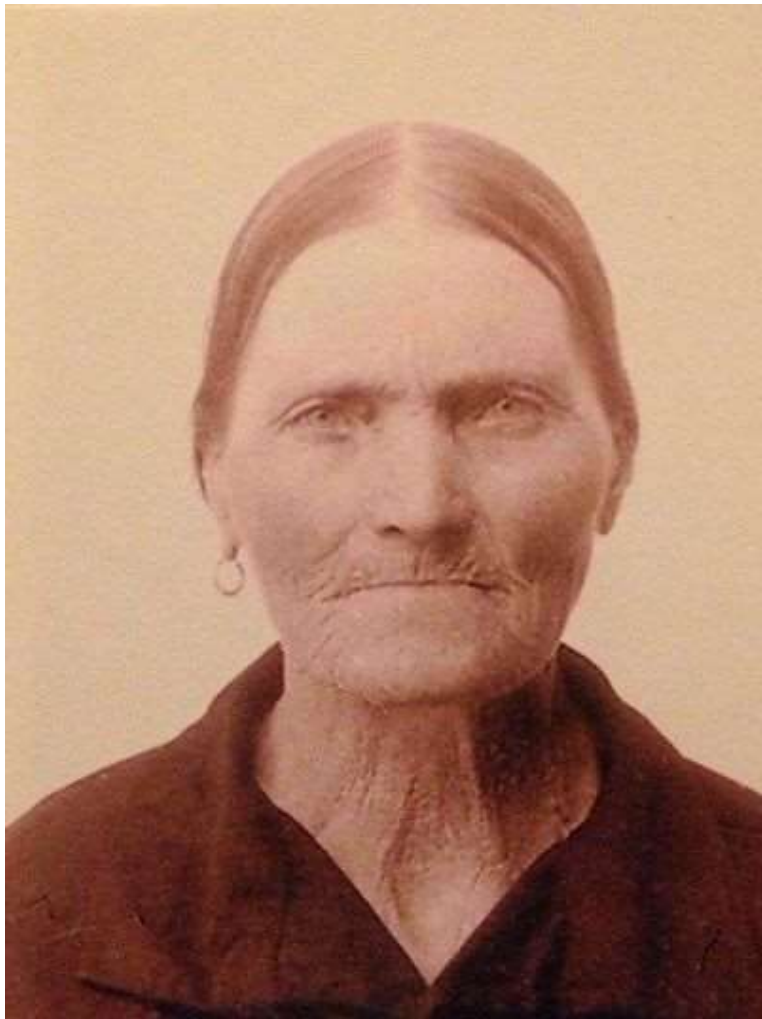


LA ABUELA



Y el primer poema que tengo copiado en el cuaderno de trabajos de vacaciones, es uno de los más sentidos de mi vida. Fue escrito con lágrimas... ¿Cuándo? No sé exactamente, desde luego cuando estaba todavía en el quinto curso (Literatura” del Espino. La fecha de la copia en este cuaderno es la del 30 de julio de 1943. En ese curso de Literatura había yo tenido uno una de los dolores más fuertes en mi corazón de adolescente: Durante ese curso había fallecido en Brimeda mi adorada abuelita materna Ángela González Domínguez, esposa de mi abuelo Valentín Castrillo, el que fue maestro en Brimeda en la escuela unitaria durante casi 52 años. En casa de estos mis abuelos crecí yo en mis primeros años de niño. La carta en la que mi madre me anunciaba su muerte, me contaba cómo había sucedido con todos los auxilios espirituales; mi abuela Ángela era una santa. Me decía que había pedido al padre Director que me dejase ir a verla antes de morir. Que el padre Director le había contestado que no se permitía ir a casa paterna desde El jovenado... Y que la abuela le había contestado ya moribunda al saber esta prohibición y querer insistir desde Brimeda mi madre: “Deja al niño, mujer. Ya lo veré en el cielo”. Emplazo, pues, estoy por ella para vernos en el cielo

En ritmos inspirados en el poeta muy leído en El Espino, Gabriel y Galán, esta fue la elegía que con catorce o quince años le hice a mi abuelita Ángela.

I

¡Qué alegre estaba siempre
La pequeña casita solariega,
Cuidada por la mano cariñosa
De la cristiana abuela!
Una rosa fragante parecía
Mirada desde la alta y verde sierra,
Una rosa nacida entre los árboles
Cubiertos de floresta.

Un idilio de amores ofrecían
Los pequeños jugando con la abuela,
Y escuchando los cuentos de sus labios
Bañados de católicas creencias.
Las flores sus aromas esparcían
Por la atmósfera diáfana y serena;
Las aves desgranaban en las ramas
Sus canciones más bellas;
Rimaban los gañanes sus sentires
Allá sobre la gleba,
Y en la fuente de ninfas cristalinas
Cantaban las mozuelas.

Y yo también cantaba
Por aquellas campiñas leonesas,
Que evocan mil recuerdos
De torneos y gestas.

¡Qué alegre era la vida
Al lado de la abuela!
En su pecho, venero de consuelos,
Guardábamos las penas,
Y un alma candorosa y siempre pura
Se reflejaba en ella.

Mas llegó al fin un día,
 Día de primavera,
 En que un beso el dí,
 Y abandoné mi tierra
 Atraído por vivos resplandores
 Hacia estas campiñas burgalesas.

Todo se quedó entonces
 Sumido en la tristeza,
 Mas supo hacerlo alegre y llevadero
 La resignada abuela:
 Y siguieron cantando los jilgueros,
 Y los fuertes gañanes en las huertas,
 Y el ambiente sereno y siempre puro
 Empapado en tonadas de mi tierra.
 Y sólo un día turbó la grande calma
 El siniestro cantar de la corneja,
 Que con triste presagio
 Traía la desgracia en su cadencia.

II

“Pero bien se conoce
 Que ya no vive ella”:
 Nos lo dicen las tiernas florecillas
 Ajadas en las huertas;
 Las aves silenciosas en las ramas
 También nos lo demuestran;
 Nos lo dicen los pobres que se marchan
 Llorando, de la puerta,
 Pues murió ya su amparo,
 La que era el alivio de sus penas.

* * * * *

En un lecho de negro revestido
Descansa ya la abuela:
Duerme ya el sueño eterno de los justos,
Dejadla, sí, que duerma;
Tal vez una bandada de angelitos
Con amor reverentes la rodean.

Dos amarillos cirios
Del lecho en derredor chisporrotean,
Y en la pared estampan a intervalos
Del rostro la silueta.

Postrados de rodillas
Papás y tío rezan;
Los niños con sollozos inocentes
Mezclan palabras tiernas,
Y en su rostro de rosa se dibuja
La señal resignada de tristeza.

Los gañanes se marchan silenciosos,
En la fuente no cantan las mozuelas,
Y toda la campiña se reviste
Con manto de tristeza.

La casita parece una paloma
Perdida entre la alfombra de la hierba,
Una paloma que no lanza arrullos,
Pues perdió su querida descendencia.
Quejándose va el agua del regato
Que sus paredes besa;
Y lloran por la calle los vecinos,
Y entre lágrimas rezan.

Y yo aquí también lloro,
Lloro y rezo por ella,
Cuando recuerdo aquellos bellos días,
Días de primavera,
En que cogiendo flores,

**Cual corderillo corría en las praderas,
Para que en un altar
Las pusiera la abuela.
Mas voy a la capilla,
Y cuento allí mi pena
A Jesús prisionero en el sagrario,
Y Él siempre me consuela.
Con llanto de tristeza resignada
Salgo y digo:”Qué santa era mi abuela,
Más Dios quiso llevársela,
Pues que Bendito sea”.**

Generoso García Castrillo.
De jovenista en El Espino (Burgos)